

Ciclo de conciertos de Euroconcert

Sosegada perfección

Temporada Euroconcert 1986. Alicia de Larrocha, piano. Obras de Mozart y Chopin. Palau de la Música Catalana. Barcelona, 14 de febrero de 1986

Puntual a una de sus citas anuales con los catalanes, Alicia de Larrocha se presentó el viernes, por la noche, en el Palau, dentro del ciclo Euroconcert que ha contado ya, hasta la fecha, con destacadas actuaciones de Elisabeth Leonskaya y Shirley Verret.

El programa, que en su día se había anunciado compuesto por las "Variaciones sobre un tema de Gluck" entre otras piezas, quedó sabiamente reducido a dos sonatas de Mozart —en si bemol, K. 333 y en do menor, K. 457— y a la serie completa de los "Preludios" del op. 28, de Chopin. Esto sólo, al margen de la interpretación, constituye una prueba de la extraordinaria sensatez e inteligencia musical de Alicia de Larrocha: donde noveles pianistas instalan estudios trascendentales y sonatas póstumas, cúmulo de dificultades y archivo de malabarismos vistuosos, la pianista catalana escoge tres piezas que, sin ser nada fáciles, centran antes su dificultad en el registro de la expresión poética que en la traducción de una maraña de notas en el pentagrama. Aquí nace y se nota el gran artista: no tanto en su capacidad de no omitir ni la más lejana semicorchea, cuanto en su arte absoluto en la lectura poética del material escrito. Y para esto, como queda dicho, nada mejor que dos sonatas de Mozart y los 24 Preludios "mallorquines" de Chopin.

Elegancia juvenil de Mozart

Fue la lectura de las sonatas de Mozart impecable y justa. La última serie parisina, en tonalidad de si bemol, K. 333, mostró todavía esa elegancia juvenil que, a pesar de tantos desastres, Mozart sólo perdería en parte al final de su vida; la otra, K. 457 en do menor, corresponde a un período casi vienés del compositor, y se halla ya fundada en una investigación tonal y estructural que la convierte en pieza de difícil traducción para un intérprete: sea esto cierto, por lo menos, en el caso de un Adagio que juega entre los polos de la repetición y la variación. En ambas sonatas redescubrimos una grandeza de Alicia de Larrocha que nos sugiere, ya sobradamente, poner su nombre al lado de otras dos grandes intérpretes de Mozart, por distinto que sea su estilo, del siglo XX: Clara Haskil e Ingrid Haebler. Entre ellas, nuestra Larrocha tiene una tendencia a la contención,



GUILLERMINA PUIG

Alicia de Larrocha

o a lo que podría llamarse "scarlattismo" pianístico que no hace más que reforzar la sosegada dignidad y perfección de sus versiones mozartianas.

Lo mismo podría decirse de su lectura de los Preludios del op. 28 de Chopin, algunos de ellos esbozados en París, escritos definitivamente en Mallorca —todavía sin aquel Pleyel que tardó tanto tiempo en llegar de Francia—, y mandados a su editor Fontana desde Valldemosa el 12 de enero de 1839. Estos preludios constituyen, sin duda, lo más importante del legado mallorquín de Chopin: tal como pianista y compositor escribió a sus amigos estas 24 piezas breves, además de ser uno de los evangelios de gran parte de la música posterior a Chopin, están impregnados de todas las contradicciones del clima y el paisaje de la isla. Está en ellos la furia del viento invernal, la calma del mar reposado, la luz dominante y plena, los crepúsculos infernales y los amaneceres cálidos y extensos. Con el rigor de quien es al mismo tiempo gran conocedora de una partitura y exquisita partícipe de unos sentimientos, Alicia de Larrocha ofreció de los Preludios, también, una versión inolvidable.

Atendiendo a los aplausos del público, la pianista no quiso despedirse de los barceloneses sin ofrecer, entre sus propinas, un homenaje a Xavier Montsalvatje (el "Divertimento" en forma de habanera), otro a Frederic Mompou (un Preludio compuesto como epitalamio para Larrocha) y otros, más lejanos, a la música española y a la más antigua del padre Soler.

JORDI LLOVET